

**CONGRESO INTERNACIONAL DE EDUCACIÓN
-SADOP 2005-
29-30 DE SEPTIEMBRE Y 1º DE OCTUBRE DE 2005-08-14
UNIVERSIDAD NACIONAL DE CÓRDOBA**

ABSTRACT

Autor: Dr. W. R. Daros

Dirección postal: W. Daros –Amenábar 1238 –2000 Rosario, Argentina.

E-mail: daroswr@yahoo.es

Temática 3: Aspectos filosóficos de la educación

PONENCIA.

Título: **Reflexiones para encontrarnos en la identidad argentina.**

RESUMEN: En la presente ponencia se refiere a la –al parecer- trágica mentalidad de los argentinos frente a su situación social en el intento por obtener como país una identidad propia, definida, que dé impulso a un proyecto social colectivo. Aun con sus aspectos dolorosos, una crisis no se supera sin la verdad de su conocimiento y de sus causas.

La realidad social -como si estuviese llevada de una mano invisible pero irresistible- a parece a no pocos ciudadanos regidas por fuerzas humanas e históricas incorregibles en sus apetencias, con las cuales la mayoría no puede identificarse ni lograr su propia identidad. En realidad se trata de la cultura como instancia sociosemiótica desde donde cada grupo organiza su identidad. El poder y cultura de la mentira, de la dominación y de la corrupción, terminan transvalorando los mejores deseos de la mayoría, la cual se convierte en cínica o resignada ante un destino que si bien es elaborado por los seres humanos e históricos no parece poder ser superado¹.

La tragedia griega era significativa en cuanto implicaba la lucha con fuerzas superiores divinas. La tragedia argentina es más trágica en cuanto su insuperabilidad no está supeditada a fuerzas divinas, sino a una mentalidad histórica resignada al destino marcado por otros: la monarquía española primero, la invasión de inmigrantes y finalmente, por una clase dirigente, al parecer, incorregible, con la cual no puede identificarse, pero con la cual termina resignándose.

La filosofía siempre ha sido, desde los orígenes griegos (“Conócete a ti mismo”) hasta la filosofía hegeliana, la marxista y la espiritualista de Lévinas, un reflexionar sobre lo que le sucede al hombre que filosofa, en tanto individuo y en tanto sociedad (o convivencia pautada por ciertas normas de convivencia que hace de las personas unos socios).

¹ Cfr. CORNILL, J. *El poder de la mentira. Nietzsche y la política de la transvaloración*. Madrid, Tecnos, 1997, p. 175.

Ese reflexionar sobre lo que uno es, individual y socialmente, lleva al problema de la identidad y la diversidad. Más aún, es *desde la diversidad* de las personas y regiones que nos ponemos el tema de la identidad, del ¿quien soy?

La identidad argentina se construyó en tres grandes períodos que generaron también grandes crisis sociales. Primero se dio una identidad atribuida por el conquistador, por la que se apeló a la Argentina como “terra argentea”. Luego fue necesario que sus ciudadanos construyesen, desde la diversidad de sus independencias regionales y provinciales, su propia identidad nacional en la diversidad de su territorio y gentes, enfrentando el peligro de pérdida de identidad ante una ingente inmigración, que hizo que un tercio de la población fuese extranjera. En tercer lugar, la crisis económico-social de inicios del siglo XXI, puso en peligro la consistencia de su pacto social, construido sobre los pactos preexistentes de los estados provinciales, jaqueados por la corrupción y la ausencia de justicia y solidaridad social.

En consecuencia se analiza el concepto de identidad (como autoconciencia de la permanencia), distinguiéndose el concepto de igualdad del de identidad, y del de la diversidad individual y colectiva. En este contexto, se analiza también la necesidad de reconstruir una identidad nacional argentina - la toma de conciencia de lo que se es- desde la diversidad de situaciones existentes.

**CONGRESO INTERNACIONAL DE EDUCACIÓN
-SADOP 2005-
29-30 DE SEPTIEMBRE Y 1º DE OCTUBRE DE 2005-08-14
UNIVERSIDAD NACIONAL DE CÓRDOBA**

Autor: Dr. W. R. Daros

Dirección postal: W. Daros –Amenábar 1238 –2000 Rosario, Argentina.

E-mail: daroswr@yahoo.es

Temática 3: Aspectos filosóficos de la educación

PONENCIA.

Título: **Reflexiones para encontrarnos en la identidad argentina.**

El primer paso para superar una crisis se halla en conocer sus causas,

para que quitada la causa desaparezca también el efecto. La realidad social - como si estuviese llevada de una mano invisible pero irresistible- parece, a no pocos ciudadanos, regidas por fuerzas humanas e históricas incorregibles en sus apetencias, con las cuales la mayoría no puede identificarse ni lograr su propia identidad. En realidad se trata de la cultura como instancia sociosemiótica desde donde cada grupo organiza su identidad. El poder y cultura de la mentira, de la dominación y de la corrupción, terminan transvalorando los mejores deseos de la mayoría, la cual se convierte en cínica o resignada masa ante un destino que si bien es elaborado por los seres humanos e históricos no parece poder ser superado².

La tragedia griega era significativa en cuanto implicaba la lucha con fuerzas superiores divinas³. La tragedia argentina es más trágica en cuanto su insuperabilidad no está supeditada a fuerzas divinas, sino frecuentemente a una mentalidad histórica resignada al destino marcado por otros: la monarquía española primero, la invasión de inmigrantes y finalmente, por una clase dirigente, al parecer, incorregible, con la cual no puede identificarse, pero con la cual termina resignándose.

Filosofar es reflexionar desde lo que nos sucede

1. La filosofía siempre ha sido, desde los orígenes griegos (“Conócete a ti mismo”) hasta la filosofía hegeliana, la marxista y la espiritualista de Lévinas, un reflexionar sobre lo que le sucede al hombre que filosofa, en tanto individuo y en tanto sociedad (o convivencia pautada por ciertas normas de convivencia que lo hace socio).

Ese reflexionar sobre lo que uno es, individual y socialmente, lleva al problema de la identidad y la diversidad. Más aún, es *desde la diversidad* que nos ponemos el tema de la identidad, del ¿quien soy?

La relación entre la diversidad (el diverso, el otro) y la identidad suele implicar un proceso evolutivo y dialéctico que no es simple ni lineal. Según Hegel, la identidad en cuanto es autoconciencia de la propia permanencia requiere de otra autoconciencia, porque “sólo es en cuanto se la reconoce”⁴. Frecuentemente esta relación es, inicialmente, una relación de señorío y servidumbre, para madurar luego en una relación de socios, que en cuanto personas solo “son socios si son libres e iguales” en los derechos que se constituyen con un pacto social⁵.

2. En América, pero refiriéndonos ahora en particular a la Argentina, la identidad de una nación debió elaborarse en un proceso que tuvo varias fases. Los argentinos y, en general, la Argentina, ha padecido, este proceso al menos en tres fases significativas.

Si nos ubicamos en el ámbito de la eufemización de los conflictos so-

² Cfr. CORNILL, J. *El poder de la mentira. Nietzsche y la política de la transvaloración*. Madrid, Tecnos, 1997, p. 175.

³ Cfr. ÁVILA, R. *Identidad y tragedia. Nietzsche y la fragmentación del sujeto*. Barcelona, Crítica, 1999.

⁴ HEGEL, G. *Fenomenología del espíritu*. México, FCE, 1973, p. 113.

⁵ ROSMINI, A. *Filosofía della politica*. Milano, Marzorati, 1972, p. 155.

ciales como tragedia simbólica de lo que nos ha pasado y nos pasa, podemos considerar que, en primer lugar, el argentino nativo, disperso en la época de la conquista española, dividido en tribus beligerantes (idénticas en sí mismas pero con diversidad beligerante y precisamente por ello), careció, en ese tiempo, del sentido europeo de ser una nación; esto es, de ser una unidad por el hecho de nacer en un territorio. Los nativos y criollos se vieron sometidos al proceso de *identificación atribuida* como etiquetación exterior por parte del conquistador y señor, para pasar luego a asumir y elaborar su propia identidad sobre la identidad que se les proyectara.

En segundo lugar, el torrente inmigratorio a que dio lugar la primera identificación asumida generó la necesidad de una confirmación de la *identidad asumida*, aún, en parte, a imagen de la que había logrado el conquistador y de su poderío. Se debió conquistar internamente la nación.

En tercer lugar, las crisis político-militares primero, y económico-sociales después, hicieron eclosión en el final del siglo XX e inicio del siglo XXI, propusieron nuevamente la necesidad de esclarecer el tema del *derecho a la identidad y a la diversidad*, esta vez, en y entre los argentinos y alcanzar una *identidad y diversidad sufridamente lograda*.

La identidad atribuida

2. Así como un niño que, a fuer de oír un nombre, termina percatándose de ser él a quien se nombre y siempre el mismo, con el mismo nombre, análogamente, la nación argentina surgió primeramente como apelación del otro, del diverso. Ante la aparición del diverso (del conquistador español), y gracias a él, la tierra y sus habitantes comenzaron a ser clasificados dentro de una idea identificadora.

¿Qué significaba entonces ser argentino? Su nombre, de hecho, surgió por la identificación de estas tierras como tierras de la plata, hecha por el conquistador español.

Veinticuatro años después del descubrimiento realizado por Cristóbal Colón, los españoles, guiados por Juan Díaz de Solís, llegaron a lo que primeramente denominaron Mar Dulce.

Los soldados españoles traían “la pobreza de unos, la codicia de los otros y la locura de los más”, según el cronista Gonzalo de Oviedo. Y al decir de Cervantes, estas tierras fueron “el refugio y amparo de los desesperados de España”.

Los españoles que llegaron a estas tierras traían la valentía y la audacia de un soldado y de un codicioso; pero albergaban también el desprecio al trabajo.

Mas no solo *el desprecio al trabajo, sino a lo diferente*: al judío, al moro, a los conversos, al indio, al negro. El cinismo, la hipocresía se encubrió con el manto ideológico de estar ayudándoles a los conquistados, y mientras de palabra defendía al débil con algunas migajas, poco y nada hizo por él desinteresadamente.

3. Estos españoles traían cultivada el *ansia de poder, confiscación política y posesión*. No dudaron, pues, en considerarse dueños sobre todo del oro y de la plata de los indios.

Los españoles de ese tiempo vieron a esta tierra con codicia y desde esa codicia se identificó a esta tierra como diferente. El Mar Dulce de Solís se convirtió, con la leyenda del Dorado (del indio cubierto de oro), en *Río de la Plata*. De hecho, en el Capítulo General de la orden Franciscana, realizado en Valladolid en 1565, se hablaba de Buenos Aires (fundada en 1535 y refundada en 1580) como de la *Ciudad plateada (Civitas o Urbis Argentea)*. Pero fue Martín del Barco Centenera (1535-1602), poeta, sacerdote y soldado español, quien describe la fundación de Buenos Aires en una tierra llamada *Argentina* o la plateada; y en 1612 Díaz de Guzmán escribe *La Argentina*⁶.

No obstante y por fuerza, los residentes en estas tierras perdieron la codicia de los primeros españoles por los metales: la riqueza iba a ser ganadera. El habitante iba a *convertir esa riqueza ganadera en plata*; se iba a ser *argentino*, poseedor de plata, y así surgiría la Argentina.

De la identidad atribuida a la identidad asumida

4. De hecho, la identificación dada por los otros, como cuando nos ponen un nombre o un mote, nos signa y, mediante él, termina identificándolo. El hecho de la búsqueda de plata, no solo identificó a esta tierra y a sus habitantes -aunque hay que hacer excepción del indígena y del criollo (el gaucho) que nunca asumieron el deseo de capitalizar y fueron aplastados o quedaron marginados-, sino que ellos, como suele suceder, terminaron asumiendo esta identidad por identificación con el diverso. El diverso te califica, te nombra y, a partir de ese nombre, el nombrado comienza tomar conciencia de quien es. Los argentinos, ya en su origen, en efecto, asumieron lo esencial de lo que el diverso (el conquistador español) le había atribuido como identidad. La identidad primero marcada desde fuera, comenzó a asumirse por dentro.

En efecto, la Constitución Argentina, si se tiene en cuenta sus *Bases*, según Alberdi, ya en 1852, reflejaba el ansia de ser un país rico y próspero: debía reflejar “los acontecimientos de su historia”. Debía tener como gobernantes a hombres con sentido del dinero; no a hombres humanistas, educados en seminarios, sino a economistas prácticos, comerciantes, “salidos de los negocios”. No es de extrañar que Alberdi ponga a “los grandes intereses económicos” como al primero de los fines del “pacto constitucional” argentino; y a la “libertad de comercio” como al primer derecho de todo extranjero para con la Argentina. La constitución debía tener entonces “una misión esencialmente económica”, teniendo en cuenta la idea francesa de libertad aplicada a la idea inglesa de comercio y orden⁷.

⁶ Cfr. RUIZ DÍAZ DE GUZMAN, *La Argentina*. Bs. As., Emecé, 1998, Original de 1612. AGUINIS, Marcos *El atroz encanto de ser argentinos*. Bs. As., Planeta, 2002, p. 13. DAROS, W. *¿Cómo somos los argentinos?* para revista *Thèmes* (Burdeos, Francia). Revista on line: <http://www.philosophiedudroit.org/> Année 2002, VII. DAROS, W. *Argentina: Argenti philosophia (Argentina y la preocupación por la plata)* en *Enfoques*, 2004 Vol. XVI, nº 1, pp. 31-46.

⁷ ALBERDI, Juan Bautista *Bases y punto de partida para la organización política de la República Argentina*. Bs. As., Centro Editor de América Latina, 1972, pp. 11, 26, 89, 90, 164, 55.

5. En este contexto, no es raro constatar que la naciente nación argentina abrió sus tierras a todos los hombres de buena voluntad que desearan habitar su suelo, como lo afirma en el preámbulo de su Constitución Nacional. Mas, en el interior, el ejército nacional, siguiendo análogamente el modelo de identificación del conquistador español, persiguió y mató al indígena que no se plegaba al proyecto de identificarse con una nación moderna y productiva.

Se abrieron las aduanas a todo inmigrante. Esto dio lugar, al terminar el siglo XIX e inicios del siglo XX (cuando un tercio de su población, en Argentina, era extranjera), a un fuerte torrente migratorio y a proponerse el problema de la identidad ante la presencia de la diversidad. Argentina se convirtió entonces en un crisol de culturas, especialmente de la española, la galesa, la italiana y, en menor medida, la alemana, la rusa y la suiza en sus colonias santafesinas y entrerrianas.

Se pensó, entonces, que las escuelas era serían un instrumento fundamental para general el alma nacional en estas inmensas pampas. Ahora había llegado el momento de construir la identidad como propia, desde la diversidad de culturas.

¿Qué es identidad?

6. La identidad, tanto individual como social, no está dada por el mero cuerpo o el territorio: ella requiere una conciencia de sí; una conciencia de la permanencia del sujeto que sigue siendo el mismo no obstante los cambios.

La identidad conlleva una noción compleja. Ella afecta al ser de las cosas y de las personas. La identidad –de una persona y de una nación-, a su vez, implica la identidad en su dimensión física, psicológica, política y social.

Ante todo, es necesario -para lograr cierta claridad conceptual este tema- distinguir: a) la *identidad real* (o físico-biológica), esto es, entendida como la permanencia fundamental (en su ser) de un ser viviente o de un grupo, aunque cambien algunos de sus accidentes; de b) la *conciencia de la identidad de los actores* (en cuanto individuo y en cuanto grupo) expresada con el monosílabo “yo” y “nosotros”.

7. Con frecuencia se confunde el *sujeto real*, -permanente, e incluso el sentimiento permanente del sujeto o grupo que le ofrece una identidad real, una unicidad- con el yo –o nosotros- y sus identidades. El “yo” (o en plural el “nosotros”) no es el simple sujeto; por el contrario, el “yo” implica ya al sujeto (el cual es un sentimiento viviente, permanente, único, hacedor de actos que es la condición de posibilidad del conocimiento de los actores sociales) e implica el conocimiento sobre de esos actores sobre su actuar, como hacedores de actos (al menos del acto por el cual se conocen y son lo que son).

Por otra parte, la *identidad del yo* le añade al mero conocimiento del yo y del nosotros la *constatación cognoscitiva de la permanencia sucesiva* de los actores con capacidad de ecisión, no obstante el conocimiento de la variedad de sus actos sucesivos; pero implicando este conocimiento de la sucesión. La

identidad requiere, pues, la permanencia real del sujeto (dado que de otro modo no se trataría de una identidad real), pero, además, de memoria –la historia vivida- que, al presente, tenga presente la permanencia del sujeto y la variedad de sus actos que lo hacen parcialmente diferente.

Lo que cabe a una persona puede afirmarse, análogamente, de un sujeto-pueblo o nación: el grupo de los socios comienza a desear saber qué desean (que proyectos se pueden compartir), que hacen y, de este modo, quienes son a través de su permanencia como socios en el devenir histórico. La historia, diversamente plasmada como conocimiento colectivo (en costumbres, lengua, escritos, triunfos y fracasos, etc.) toma relevancia como sociosemiótica⁸.

8. La *autoconciencia* refiere al conocimiento actual del sujeto (individual o plural social) en cuanto es real y es conocido: es el conocimiento de sí en su realidad. La autoconciencia: a) es conocimiento, b) de la realidad individual y/o grupal; c) de sí.

La *identidad personal y social* refiere al conocimiento actual del sujeto e incluye, además, el conocimiento del actuar del sujeto en el pasado: su permanencia. La identidad personal y social requieren, pues, además del conocimiento, la autoconciencia del sujeto (individual y colectivo) permanente, esto es, de un sujeto que aunque cambian sus acciones, él permanece como sujeto hacedor, como yo que se constata como permanente y responsable. Con el surgimiento de la identidad, surge también *una exigencia moral*: la misma persona (o pueblo) se convierte en hacedor y en *responsable* de sus actos, como nos lo ha recordado frecuentemente Lévinas. Sin identidad no sería posible la vida social, porque no cabría la culpa o el mérito por los actos de las personas y de los pueblos, dado que tampoco habría ni persona ni pueblo.

“La identidad no es una relación inofensiva consigo mismo, sino un estar encadenado a sí mismo... La libertad está limitada inmediatamente por su responsabilidad. En esto reside su enorme paradoja: un ser libre que ya no es libre porque es responsable de sí mismo”⁹.

Ese sujeto, en la toma de *conciencia de la identidad*, asume el yo pasado en el yo presente, constatando la identidad del sujeto, la unicidad del sujeto individual y colectivo, no obstante la pluralidad y diversidad de sus acciones. La toma de conciencia de la identidad es un acto accidental y pasajero; es la *idea* de la propia identidad; pero la identidad *real* es la permanencia sustancial del sujeto viviente, sea un individuo o una nación. Fácilmente se puede perder la conciencia de la propia identidad, sin que la persona o la nación deje de existir, por ello, realmente; pero, en este caso, entrará en crisis pues pierde su sentido de orientación, porque pierde el sentido de su ser, dado por la posibilidad de captarse como relativamente permanente.

⁸ Cfr. GARCÍA CANCLINI, N. *Diferentes, desiguales y desconectados. Mapas de la interculturalidad*. Bs. As. Gedisa, 2004, p. 35.

⁹ LÉVINAS, E. *El tiempo y el otro*. Barcelona, Paidós, 1993, p. 93.

9. La consideración completa de la identidad de la persona, tanto individual como colectiva (pueblo, nación), debería tener presente no sólo el inicio y el *principio* de la persona (el cual, como principio, permanece el mismo e idéntico), como los *términos* de la persona: su cuerpo físico como social (identidad corporal, física, social de sus instituciones) en un espacio (identidad geográfica, nacional, planetaria), en un tiempo (identidad histórica), en una cultura (identidad cultural), en una relación de socios (identidad social); en su desarrollo en la vida (identidad psíquica individual y vida colectiva), en la conciencia que toma de sus acciones como propias, esto es, imputables a un solo y mismo sujeto tanto individual como colectivo (conciencia de la identidad, autoconciencia o yo).

En la actualidad se estima que las personas tienen *derecho a conocer sus identidades*, esto es sus historias personales y sociales. La pobreza y la falta de educación formalizada impide a numerosas personas el ejercicio de este derecho.

“Las personas pobres son aquellas que se ven sometidas a un entramado de relaciones de privación de múltiples bienes materiales, simbólicos, espirituales y de trascendencia, imprescindibles para el desarrollo de su *identidad* esencial y existencial”¹⁰.

Hoy comienza a advertirse la dimensión moral del derecho a la identidad. La identidad atribuida no es inofensiva, sino que es provocativa y productiva socialmente de la asunción de esa identidad, primero solamente atribuida. Las prácticas y los discursos producen simultáneamente la realidad y la subjetividad del identificado. Un niño sistemáticamente identificado como pobre o ladrón puede terminar cumpliendo esa profecía.

“Los que se acercan a ellos transitan por estaciones y se acercan a ellos, lo hacen guiados por una serie de preconceptos acerca de los chicos, que no solo se relacionan con esa identidad social sino que la producen. Los pasajeros esperan violencia de ellos; pues bien, ellos les entregan violencia”¹¹.

Como podemos advertir, la conciencia de nuestro yo no es lo único que se debe considerar al tratar el tema de la identidad. La autoconciencia no se identifica con el ser total de la persona individual o colectiva; la persona puede existir sin conciencia de ella misma y de su identidad, sin su historia, inmémora de su acontecer.

Cabe distinguir, en efecto, una identidad real y una idea de la identidad en la que se toma conciencia (más o menos constante) de la identidad real tanto individual como colectiva.

10. La *identidad* posee, entonces, fundamentalmente dos sentidos:

¹⁰ VASILACHIS DE GIARDINO, I. *Pobres, pobreza, identidad y representaciones sociales*. Barcelona, Gedisa, 2003, p. 91.

¹¹ GRIMA, J. M. – LE FUR, A. *¿Chicos de la calle o trabajo chico?* Bs. As., Lumen/Humanitas, 1999, p. 71.

- a) Es la conciencia y la idea que un sujeto o actor, individual o colectivo, tiene de su permanencia como sujeto en medio de sus cambios accidentales (autoconciencia e idea de identidad). Esta idea de permanencia puede ser luego atribuida a otros entes que el sujeto percibe (atribución de la identidad a las cosas).
- b) Es la *real unicidad básica del sujeto* (dada por el sentimiento vital permanente, principio supremo de la vida individual y sentimiento colectivo expresado en instituciones: lengua, folklore, cultura, tradiciones, etc.) el cual permanece en medio de los cambios (con identidad real) que la misma vida genera. Como el sentimiento simplemente siente y no se conoce a sí mismo, un hombre y un pueblo pueden tener identidad real, sin tener idea de su identidad. Un pueblo o nación puede vivir simplemente, sin tener memoria colectiva o historia asumida; un pueblo puede poseer identidad real, pero no haber cultivado aún su memoria colectiva.

11. Estos conceptos de identidad no deben confundirse con *la identidad ficticia del sujeto dialéctico*, esto es, con un sujeto creado por la mente, para mantener la continuidad en el pensar. Es esta necesidad la que nos hace creer que un ente deja de ser ente, se convierte en nada y de la nada surge otro ente. Mas de la nada, nada surge, y el segundo ente no tiene nada realmente idéntico con el primero.

La *identidad ontológica* desaparece cuando el sujeto viviente, individual o colectivo (que es un principio que siente) desaparece. Entonces la identidad del actor se pierde.

La identidad humana plena implica la unión de estas dos formas de ser idéntico: Ser un sujeto, individual y colectivo, permanente, y tener conciencia de serlo, a pesar de todos los cambios accidentales sufridos y, no obstante, y por esos cambios.

Identidad y diversidad social

12. La *identidad* supone: a) la permanencia real de un sujeto individual y colectivo (aunque cambien, por los acontecimientos, en sus accidentes, en algunos de sus aspectos y sea diverso) y, b) la asunción de la propia permanencia mediante la idea de identidad histórica (de permanencia en el tiempo). La identidad implica, entonces, la toma de conciencia de ser él, siempre él mismo en cuanto es sujeto (unicidad del sujeto individual o colectivo) y diverso tanto de sus actos (cambio personal e histórico), como también diversos de los demás sujetos (diversidad entre personas y naciones).

“La palabra *identidad*, pues, implica siempre alguna relación con una *diversidad*, y sin ésta no se pensaría jamás a aquélla, que otra cosa no expresa sino la negación de la diversidad”¹².

¹² ROSMINI, A. *Teosofia*. Edizione Roma, 1938, Vol. II, nº 623.

La búsqueda de identidad no se confunde con la igualdad: lo idéntico no se adecua a sí mismo, pero la igualdad es de cosas diversas¹³. La identidad implica la toma de conciencia de la permanencia del mismo sujeto; la igualdad implica la conformidad entre diferencias o diversos.

13. Las dos ideas -de identidad y diversidad- se implican mutuamente y si se anula una de ellas, se anula también a la otra. La idea de individuo, personal o social, -a veces tan inmerecidamente despreciada- indica precisamente que un sujeto es una unidad en sí (*indivisum in se*) y dividido de todos los demás (*et divisum ab quolibet aliis*). La identidad como referencia interna al sujeto permanente, no se opone a la diversidad del sujeto permanente de todo otro sujeto.

Sobre estos dos aspectos de la identidad, debemos considerar la *identidad social*. Ésta posee aspectos particulares que cabe mencionar y distinguir:

- a) La identidad del individuo que toma conciencia de ser permanentemente él, gracias al entorno social. El individuo nace en un ámbito social, de modo que es psicológicamente, primero e inconscientemente, un “nosotros”, en un tiempo transcurrido y lugar compartido, y luego lentamente se individualiza, se personaliza. En esta fase, tiene lugar el juego de la identificación con algún modelo exterior,
- b) que luego, en una segunda fase, interioriza en parte y se distingue del modelo. Por ello, se hace distinto de ese entorno (diversidad personal o nacional) y se construye una personalidad, con un proyecto de vida y valores propios.
- c) La identidad de la sociedad en cuanto *persona colectiva* (concretada en usos, leyes, valores compartidos por los socios) *que toma conciencia de ser ella misma expresándose en su historia, en lugares de referencias, en sus instituciones, en su cultura*, la cual, a su vez, es diversa de otras culturas. Una cultura es una forma de vida (de pensar, de sentir, de hacer, de juzgar) en la que se expresa la vida de un grupo y, por el hecho de que el grupo ha sobrevivido con ella, le resulta aceptable. En esta identidad social está presente el *consenso* tácito de la mayoría. Existe identidad social cuando hay conocimiento y reconocimiento de quien se es, con cierta permanencia. Esta identidad no es, sin embargo, monolítica, sino dinámica: se construye, se atenúa, se fortifica. La identidad social implica tanto el tácito orden de la tradición (conciencia histórica espontánea), como la toma de conciencia de que se puede ser diferente. La educación formal e informal aportan no poco a estructurar la identidad de las personas y de las sociedades, y a reproducir sus culturas; pero ellas también -si son críticas- aportan vigor para el cambio dentro de la identidad (identidad dinámica)¹⁴.

14. Como ya mencionamos, la *identidad social de pueblos* más evoluciona-

¹³ AQUINAS, Th. *De Veritate*, q. 1, a. 3.

¹⁴ Cfr. BOUDIEU, P. – PASSERON, C. *La reproducción*. Barcelona, Laia, 1981.

dos implica la integración del valor de la reflexión intersubjetivamente valorada. En este caso, la historia (el acontecer) es vivida por los grupos humanos como un punto de referencia, sostén de la memoria y proyectos colectivos portadores de identidad. La diversidad de identidades y formas de vida nos recuerda que el ser humano es complejo y posee variados recursos para vivir. Una identidad que no permitiese la diversidad está, ella misma, condenada a su osificación e involución.

La identidad individual y social interactúa con la diversidad individual y social: el yo individual y grupal es por el otro y con el otro. Los individuos y las sociedades se construyen objetivando sus representaciones de la realidad y éstas inciden en la forma en que los individuos piensan su identidad y sus diferencias.

La tercera fase de identidad en la Argentina actual: en la lacerante búsqueda de una identidad a partir de la diversidad

15. La *identidad social*, entendida como *toma de conciencia de la sociedad respecto de lo que la sociedad es* (ser que se expresa, como nación moderna, en la constitución o ley fundacional), aparece cuando las personas socios, que componen la sociedad, necesitan volver sobre sí y pensar en lo que ella es.

Ese volver sobre sí, requiere ante todo la existencia real de la sociedad en el transcurrir del tiempo: *requiere su constitución, su historia, la memoria de la misma*. Pero además se requiere un motivo: nadie reflexiona sobre sí mismo, nadie toma conciencia de sí, si no tiene un motivo para ello. Este motivo viene dado frecuentemente por *las crisis sociales*: por problemas que hacen que la sociedad sufriente en su conjunto se pregunte por su meta (¿a dónde queremos ir?) o por las posibilidades de alcanzarla (¿qué podemos hacer?), por lo que es (¿qué nos constituye como sociedad?).

La toma de conciencia social de la propia identidad –permanencia esencial- social es el origen de la confianza básica e una sociedad, núcleo de la esperanza, del coraje de vivir y emprender acciones en común, capaces de originar hechos institucionales, de mantenerlos y jerarquizarlos¹⁵. De allí surge el sentido de nuestra realidad social. Los individuos incapaces de pensarse como grupo con una tarea en común, carecen de alma social, de sentido social, de proyecto social, de autonomía y soberanía social¹⁶, origen de la ciudadanía¹⁷. Pero tanto la toma de conciencia de la propia permanencia e identidad individual como la social, requiere precauciones, pues pueden resultar *tomas de conciencia distorsionadas*. Las historias nunca son neutras o inocentes, sino intencionadas, lecturas desde puntos de vistas con supuestos previos.

16. La identidad social no consiste en una fría constatación por la cual cada

¹⁵ Cfr. SEARLE, J. *La construcción de la realidad social*. Barcelona, Paidós, 1997, p. 125.

¹⁶ Cfr. GIDDENS, A. *Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea*. Barcelona. Península, 1997. CRUZ, M. *Hacerse cargo. Sobre la responsabilidad e identidad personal*. Bs. As., Paidós, 1999.

¹⁷ Cfr. BÁRCENA, F. *El oficio de la ciudadanía. Introducción a la educación política*. Paidós, Barcelona, 1997, p. 27.

ciudadano (socio en la ciudad) se conoce como él mismo y permanente sujeto de sus variados actos. La *identidad social construida y constituida* implica también el reconocimiento de la *diversidad social constituyente*.

“La identidad alcanza su verdad cuando integra dentro de ella misma a la `diferencia´... Alcanzamos esa identidad cuando entramos en comunión con el don del `otro´, cuando reconocemos a la `alteridad´ del otro como enriquecedora e integradora de nuestra propia identidad”¹⁸.

17. Bajo la aparente y efímera sensibilidad para con el prójimo sufriente, el latinoamericano en general y el argentino no fueron capaces de creer en el egoísmo que lo consume: no descubrieron en sí mismo lo que es el latinoamericano, se le escapa el alma interior. Aparentemente benévolo, cordial, jovial, paciente, se esconde para ellos mismos el egocentrismo inseguro de su ser, buscador de apoyo en los caudillos, los cuales no son, por cierto, mejores que él mismo, aunque parezcan serlo¹⁹.

América Latina no llega a tener conciencia de su identidad social porque no llega a tomar conciencia de la diferencia existente entre la apariencia y la realidad que ella es: de su gente, de sus intenciones, de sus aparentes y de sus secretas realizaciones, de las promesas proselitistas de sus líderes siempre incumplidas²⁰. Desde la pobreza, en parte empobrecidos por la complicidad de nosotros mismos, nos espera la tarea de descubrir nuestra dura y cruel realidad; y, desde ella, iniciar el proyecto de lo que podamos ser, sin identificarnos necesariamente ya más con los otros, sean extranjeros o promesas de gobernantes caudillos. La amistad no es un justificativo para olvidarnos del egoísmo humano²¹.

18. Ya hace años Ortega y Gasset, que vivió de cerca lo que era ser argentino, afirmaba que esta nación, tras las experiencias del bolchevismo y del fascismo, *no ha querido aprender* la lección del intervencionismo y del autoritarismo del Estado²². Es más, por un lado, *el Estado ha estimulado la audacia* de los argentinos administrando la promesa de seguridad y estabilidad, y generando, por otro lado y de hecho, la *inestabilidad con su frecuente intervencionismo autoritario*. El argentino se halla solo en la competencia y a la defensiva para con los demás, y a veces para con el Estado. No existe, en consecuencia, un esfuerzo por coparticipar en la búsqueda de un bien común dinámicamente estable²³.

19. Paradojalmente, *el argentino, incansable y realista buscador de fortuna* es, a su vez, *un incansable idealista* que vive de lo que cree que puede ser -

¹⁸ SEIBOLD, J. *Identidad cultural y calidad integral educativa* en CIAS, 2000, Noviembre, p. 524. ALMEIDAD VINUEZA, J. Y otros. *Identidades y Sociedad*. Quito, CELA, 1992.

¹⁹ Cfr. SANTILLÁN GÜEMES, R. *Cultura, creación del pueblo*. Bs. As., Guadalupe, 1995, p. 42.

²⁰ Cfr. SCANNONE, J. (Ed.) *Sabiduría popular, símbolo y filosofía. Diálogo internacional en torno de una interpretación latinoamericana*. Bs. As., Guadalupe, 1994.

²¹ SCALABRINI ORTIZ, R. *El hombre que está solo y espera*. Bs. As., Plus Ultra, 1993, p. 32.

²² ORTEGA Y GASSET, J. *Obras Completas*. Madrid, Alianza, 1983, II, 645-646.

²³ Idem, II, 654.

un gran escritor, por ejemplo-; pero no se preocupa en serio por serlo efectivamente. "El argentino típico *no tiene más vocación que de ser ya lo que imagina ser*"²⁴.

La "política ha sido el centro de su preocupación" ante un Estado que - en su deslealtad- no da confianza²⁵. Por otro lado, no hay peor manera de no mejorar que creerse óptimo. Habrá que abandonar la valoración hipertrófica del Estado y de sus promesas, y comenzar a ser uno mismo. Tras la fachada del argentino, "notamos -afirmaba Ortega- falta de autenticidad": falta ser uno mismo desde el fondo vital íntimo²⁶.

La ingente inmigración no ayudó a lograr la identidad nacional fácilmente. Los inmigrantes traían sus culturas y sus lenguas; pero hubo un punto en que la mayoría coincidía: en el ansia desmedida de hacer fortuna rápidamente, sin limitaciones morales.

20. Miles y miles de hombres llegaron a estas costas con "*un feroz apetito individual, anormalmente exentos de toda interior disciplina*". Llegaron gentes que se desmembraron de sus sociedades nativas en las que sin darse cuenta, se habían estabilizado e integrado. Al llegar aquí, *el emigrante se ha convertido en un ser abstracto*, abstraído de su tierra, "que ha reducido su personalidad a la *exclusiva mira de hacer fortuna*". Aunque en otras tierras los hombres deseen también hacer fortuna, este deseo está mediatizado por otras muchas normas y aspiraciones milenarias. En la Argentina, estas aspiraciones quedan deprimidas y *se vive libre, audazmente el deseo de hacer fortuna*. Esta audacia pone en peligro (por una *competitividad feroz y carente de pautas objetivas y morales*) la seguridad de la situación del argentino²⁷.

El argentino no se dedica primeramente a vivir la vida, sino a *hacer fortuna y defenderse* de la competencia desleal y del Estado que interviene para sustraerle parte de sus bienes. El indígena y el criollo no tenían este deseo, inyectado en el argentino por el emigrante europeo. El engaño, la "viveza criolla", se hicieron formas normales de vida.

21. Por este resabio del deseo de la plata, obtenida rápidamente y en grandes cantidades y de cualquier manera, Argentina ha seguido atada a altos niveles de corrupción estructurada y permitida en todos los niveles del gobierno y del poder. Se entiende, en este contexto, por *corrupción* el abuso de un cargo público para el beneficio privado. Demos un ejemplo ofrecido por organismos internacionales. El *Informe de Transparencia Internacional sobre ética institucional*, en el 2002, ubicaba a las naciones con un puntaje de 1 a 10, donde 10 correspondía al ideal de transparencia. Argentina descendió en ese año del puesto 55 al de 70. En el *Informe* 2003, referido a los primeros meses de ese año, en el que se evaluaron 133 naciones, siendo en Argentina presi-

²⁴ Idem, II, 659, 657.

²⁵ Idem, II, 645. FRUTOS, E. *La idea de hombre en Ortega y Gasset en Revista de Filosofía*, Madrid, 1957, nº 60-61, p. 35-38.

²⁶ Idem, II, 648.

²⁷ II, 651, 642.

dente Eduardo Duhalde, aumentó el nivel de corrupción, pasando Argentina del lugar 70 al 92 (junto a Albania, Etiopía, Gambia, Pakistán, Filipinas, Tanzania), otorgándosele la nota del 2,5 de transparencia, mientras Chile era calificado con un 7,4 ocupando el vigésimo lugar mundial de transparencia.

Mas la suerte de la Argentina no cambia, con el mero pasar del tiempo o con el cambio de los gobernantes. Esto indica que su corrupción es mucho más profunda: es estructural. Argentina ha sido calificada, en el 2004, como “el segundo país más corrupto”, según un informe presentado por *Transparency International (TI)*. Ecuador encabeza la lista seguido por Perú, India, Bolivia, Brasil, Costa Rica y México. Tras los partidos políticos, las “instituciones más corruptas del mundo son los parlamentos, la policía y el poder judicial” según la opinión de cincuenta mil personas encuestada por Gallup International. Sólo 12 países han firmado el convenio de la ONU contra la corrupción, por la cual se facilitará la devolución de los activos robados por los políticos e impedir su asilo en países extranjeros²⁸.

Reconstruir el pacto social que dé identidad desde las diferencias

22. En el inicio del siglo XXI, los argentinos padecieron una de las más grandes crisis sociales de su historia. ¿Dónde quedó, entonces, el pacto social de los argentinos, cuando sus arcas son vaciadas en pocos días, porque los poderosos y ricos retiran su dinero depositado y transfieren sus fondos a bancas extranjeras? ¿Dónde quedó el pacto social cuando un país con grandes riquezas naturales, como lo es Argentina (con capacidad para alimentar a más de 300 millones, no llega a nutrir a sus ciudadanos a sus 36 millones, con un decreto de devaluación que alcanzó en sus efectos a más del 300%, quedando más de la mitad bajo el índice internacional de la pobreza?

Hasta una sociedad de ladrones requiere de un pacto; es también una sociedad y requiere del respeto ciertas normas, solamente que en la sociedad de ladrones no se busca una ley que constituya el bien común para todos los socios, sino solo para los ladrones.

En Argentina, al menos en las últimas tiempos, si nadie ha podido confiar en otro, ni en sus representantes, ni en la Suprema Corte de Justicia, ni menos aún en el poder ejecutivo es necesario reconocer que se ha roto el sentimiento de identidad que otorga el contrato social. Argentina, por algún tiempo, parecía ser una sociedad que funciona con piloto automático: los argentinos estaban juntos pero no asociados. La creciente desigualdad socioeconómica parece una herida insuperable en este lacerado territorio.

23. Ante tal situación no está demás recordar que los filósofos de la Modernidad (Hobbes, Locke, Rousseau), con distintos enfoques fueron los que pensaron a la sociedad moderna fundada en un pacto social, expresión de racionalidad, el cual da fundamento al sentimiento de identidad y solidaridad desde la diversidad. La Unión Europea lo está tratando de lograr, no obstante

²⁸ Cfr, Diario *La Capital*, 10/12/04, p. 26.

que tengan mayores diferencias, des igualdades y desconexiones culturales que los argentinos.

Nuestros próceres sabían que un proyecto de país con una constitución era un inicio necesario para la lograr la unidad en las diferencias de los Estados de las Provincias del Sud. Mariano Moreno, por ejemplo, al inicio de la revolución de Mayo de 1810, tradujo e hizo el prólogo a *El Contrato Social* de J. J. Rousseau. Al editarlo, en el prólogo que confeccionó, intentaba fortalecer la idea de la búsqueda de “la consolidación de un bien general, que haga palpables a cada ciudadano las ventajas de una constitución y lo interese en su defensa como en la de un bien propio y personal”. Estaba convencido de que si “cada hombre no conoce lo que vale, lo que puede y lo que se le debe,... será tal vez nuestra suerte mudar de tiranos, sin destruir la tiranía”²⁹ política o económica.

La filosofía de un griego como Aristóteles nos recuerda que sólo “las costumbres democráticas conservan la democracia”³⁰. Democracia es, entre otras cosas, participación en el poder y control de los gobernantes que representan a la sociedad y administran el poder que ella le concede y dentro de los límites que la Constitución de la sociedad y de la nación establece. Lo que nos esperanza es una utopía minimalista: crear instituciones que cumplan lo establecido en la Constitución Nacional, vértebra de toda identidad mínimamente posible para un país en constante proceso de construirse bajo la amenaza de autodestruirse³¹.

²⁹ Véase el prólogo de Mariano Moreno, editado por Ricardo Rojas en el libro *Doctrina democrática*. Bs. As., Librería “La facultad”, 1915.

³⁰ ARISTÓTELES, *La Política*. Bs. As., Espasa-Calpe, 1971, L. V, c. 1.

³¹ PÉREZ LINDO, A. *Reconstruir la sociedad. Reinventar el Estado*. Bs. As., Proyecto Editorial, 2003, p. 111.